



# INTRODUCCIÓN

En una perspectiva sistémica, la familia se entiende como una institución en la que se gestan las relaciones más duraderas y el primer sustento de tipo social del individuo. Ella cuenta con unas determinadas pautas de relación que se mantienen a lo largo de la vida y que pueden ayudar u obstaculizar el bienestar de las personas (Watzlawick y Nardone, 2000). Es, además, un sistema abierto, en continua interrelación tanto en sus componentes internos como externos, afectados mutuamente por los cambios o movimientos que se generan en cada uno de ellos. Por esto se puede decir que el funcionamiento familiar, su crecimiento y desarrollo, tienen influencias y repercusiones individuales sociales y culturales (Martínez, 1995).

De esta forma, entender la familia implica reconocerla como un sistema vivo que intercambia información a nivel interno y externo, que cambia con el tiempo y cuyo desarrollo se forja en diferentes etapas en su ciclo vital. La idea básica que subyace al concepto de ciclo vital familiar es que todas las familias, entendidas en su sentido más amplio, “experimentan cambios a lo largo del tiempo y que estos cambios, observan unas determinadas regularidades, en otras palabras, que se ajustan a un patrón previsible que se puede describir en términos de etapas, transiciones o de crisis” (Beyebach & Rodríguez, 1995, p.58).

A la hora de adoptar la perspectiva del ciclo vital, la premisa que se sustenta es que el ciclo del desarrollo familiar es algo diferente a la mera suma o yuxtaposición de las biografías individuales de los miembros de la familia. Esto quiere decir que no es el individuo el que, con la familia al fondo, va atravesando una serie de etapas en el transcurso del tiempo, sino que la familia como tal es la que evoluciona.

Se aplica pues la idea sistémica de que el todo es más que la suma de las partes. Esto muestra la perspectiva holística y su dimensión relacional, por las conexiones entre las distintas personas y contextos que hacen parte de la familia. Desde la teoría de los sistemas, el modelo de desarrollo familiar permite entenderla

como un sistema en transacción, tanto con otros sistemas sociales como con el impacto interaccional de individuos en diferentes etapas y de su efecto recíproco en el tiempo. En este sentido, afirma Torre (2001, p.14) que:

Todas las familias viven y tienen que afrontar continuamente situaciones de cambio que introducen tensiones en el sistema y requieren la adaptación a situaciones nuevas. Por el simple hecho de existir, de que el tiempo pasa y los cambios se suceden, de que provenimos de cierto tipo de familia, de que vivimos en una sociedad con ciertas demandas, las familias se ven obligadas a afrontar cambios.

Las transiciones del ciclo vital constituyen momentos privilegiados de cambio, dado que los procesos de transición evolutiva empujan la flexibilización de la estructura de la familia, abriendo posibilidades que en otros momentos no se ofrecen. Pittman (1990) apunta en esta dirección, al señalar que las crisis de desarrollo exigen que la familia modifique su estructura para adaptarse a ella. En su opinión, los problemas surgen cuando parte o toda la familia trata de evitar las crisis resistiéndose a ellas, en vez de adaptarse y acomodarse a los cambios que implica la nueva fase.

Este proceso de transición del ciclo vital familiar, si bien ha sido desarrollado por diferentes autores, alrededor de las crisis, cambios y tensiones que se ponen en juego en esta etapa no se conocen investigaciones que analicen la emancipación del joven, desde un hecho concreto como es la entrada del hijo/a mayor a la universidad. Los aportes de este libro resultan novedosos y contribuyen a las discusiones sobre los ciclos vitales de la familia, en la medida en que no interesa lo que pasa con el joven de manera particular, sino en su dinámica relacional dentro de la familia: sus cambios, factores obstaculizadores o posibilitadores y los recursos que se ponen en juego para permitirlo.

Se parte de los desarrollos teóricos de diversos autores que coinciden con González (2000) al afirmar que estos periodos de transición de una etapa del ciclo vital a otra, hay una indefinición de las funciones, porque los miembros de la familia están asumiendo un nuevo rol. Según este autor, el querer conciliar ambos funcionamientos puede producir fluctuaciones, inestabilidades y transformaciones, que se expresan en ciertos niveles de desorganización de la familia, lo que se denomina como crisis evolutivas. En estas crisis se pone en evidencia la necesidad de cambiar las viejas pautas de interacción por otras nuevas que posibiliten, a cada uno de los miembros de la familia, el desempeño de nuevas funciones en sus roles, poniendo de manifiesto un desarrollo cada vez más acabado de individuación, en

especial para el joven, y de una estructura familiar más compleja y diferente a la anterior, lo que da lugar al crecimiento y desarrollo de la familia.

Es así que resulta interesante conocer la búsqueda de equilibrio que hace el joven y su familia, al intentar integrar la autonomía y la dependencia; por un lado, el darse cuenta de ser un “sí mismo” diferenciado a través del distanciamiento de su familia de origen, que facilita un descentramiento en la visión de su realidad interna y, por otra parte, la necesidad de conservar los vínculos que le permitan sentirse unido a una familia que garantiza la protección y amparo de alguna u otra forma (Ríos, 2005). Para las instituciones que trabajan con procesos formativos con familias, la comprensión de este tránsito representa una oportunidad importante para formular y desplegar diferente tipo de acciones educativas y de acompañamiento a las familias, de tal modo que logre generar los cambios en las relaciones familiares necesarios, para que el joven haga un tránsito posibilitador de su formación humana y profesional en el curso de su carrera.

Frente a la necesidad de cambios en la familia justo frente a esta nueva experiencia del hijo/a mayor, autores como Ríos (2005) y Chacana (2005) consideran que es importante que, con la entrada del hijo/a a la universidad, esta se prepare para asumir su responsabilidad emocional y pueda permitir en el joven la creación de nuevos vínculos afectivos, fuera de los de la familia, dado que los afectos y emociones empiezan a abrir un camino nuevo. Por su parte, las familias con dificultades para desplegar movimientos morfogénicos experimentan este proceso de manera especialmente crítica. En ese sentido, dichas familias pueden llegar a entorpecer el proceso, ya que los padres lo consideran como una verdadera amenaza a la estabilidad familiar. Es así como este acontecimiento supone una serie de transformaciones: hay condiciones nuevas que suponen un cambio en las pautas de interacción familiar que la ponen en tensión interna, en su dinámica y normas de funcionamiento habituales.

En este ciclo vital se ponen en juego varios aspectos de la vida familiar, vinculados con la autonomía funcional y emocional; en esta fase, los problemas suelen estar centrados en que el joven o sus padres no reconocen la necesidad del cambio hacia una relación menos jerárquica, basada en que ambos son ahora adultos (Torre, 2001). La familia se sitúa, en esa medida, como una posición auténtica de transición, lo que significa que han de dar respuestas adecuadas a las necesidades que se encuentran implícitas en el paso de un ciclo vital a otro. Los elementos que se ponen en juego en esta etapa involucran la identidad personal, la reflexión sobre aspectos transmitidos desde la familia de origen, la autonomía y la dependencia. Se comprende que la autonomía busca la toma de conciencia e involucra el alejamiento

de la familia, y por el otro lado, la dependencia indica la necesidad de conservar vínculos que permitan el sentimiento de protección y amparo (Ríos, 2005).

En este ciclo, los hijos/as jóvenes aumentan la distancia respecto a los padres, de tal manera que “lo adquirido en la adolescencia va a ampliarse cuantitativa y cualitativamente [...] el joven va a reclamar más autonomía, más libertad y más independencia” (Ríos, 2005, p.111). De esta forma, la estructura familiar cambia significativamente en algunos aspectos, pues aunque el hijo/a siga viviendo en casa, la dinámica de relacionamiento cambia; lo que antes era una relación de adulto – niño ahora se transforma en una relación adulto-adulto.

Los padres de esta forma, pierden tareas que hasta ahora se ejercían, lo cual llevan a que la dimensión de la interacción sufra un cambio cualitativo en el cual el hijo/a se convierte en un joven -adulto con el que hay que ejercer funciones de apoyo y respaldo, pero de manera discreta y no impositiva, como se llevaron hasta ese momento.

De esta forma, el ingreso del hijo/a mayor a la universidad supone, en esta etapa, un replanteamiento del contrato relacional básico (en especial de las pautas de distancia e intimidad), aunque también incluyen transformaciones profundas en la cohesión y la adaptabilidad. Así, cuando el hijo/a mayor ingresa a la universidad, se ponen en juego los recursos individuales y familiares –unas veces facilitando y otras dificultando el proceso.

Los recursos se entienden como rasgos, características o habilidades de un miembro de la familia, el sistema familiar y la comunidad, que pueden ser utilizados para enfrentar un hecho estresante. Los recursos personales e individuales incluyen la situación económica, la educación, la salud (física y psicológica) y los recursos psicológicos; mientras que los recursos familiares se refieren a los atributos internos de la unidad familiar que la protegen del impacto de los estresores y facilitan la adaptación durante la tensión o crisis. En la encrucijada de adaptarse a los cambios que se van presentando, la familia –que es a su vez estable y flexible– es más capaz de hacerlo de forma adecuada; de ahí que la importancia de esta doble capacidad responde a la necesidad de preservar lo conocido que configura un sentimiento de identidad y continuidad y, de igual forma, producir nuevas pautas de interacción para afrontar los hechos y adaptarse a ellos (Torre, 2001).

Los recursos familiares median el impacto del suceso estresante sobre el nivel familiar de tensión; dicha variable mediadora se refiere a la capacidad familiar para prevenir la ruptura provocada por un cambio o un suceso estresante. De tal

manera, cuando los miembros tienen recursos suficientes, tienden a ver menos una situación estresante como problemática (Torre, 2001).

Entre los recursos familiares más importantes que destaca este autor se encuentra la cohesión, la cual se expresa en el nivel de apoyo mutuo, afecto y confianza entre los miembros de la familia; por otro lado, está la flexibilidad, ya que en la medida que la organización interna de la estructura familiar sea más flexible, permite adoptar nuevos roles y reglas que facilitan la solución de los conflictos. Esta capacidad de la flexibilidad da paso al recurso familiar de la adaptabilidad, que señala la capacidad para enfrentar cambios y adaptarse al medio social; y por último, la permeabilidad como un recurso que se refiere a la capacidad de abrirse hacia otras instituciones de la sociedad, permite las relaciones de sus miembros con otros subsistemas.

Es justo en este contexto de transición donde cobran sentido las respuestas a las preguntas investigativas que pretende mostrar el libro: ¿cómo se gestan las relaciones familiares con la entrada del hijo/a mayor a la universidad, en esta etapa del ciclo vital familiar?, ¿qué tipo de cambios en los roles y funciones se presentan?, ¿cuáles son las pautas de interacción familiar que favorecen y no favorecen esta experiencia en relación a la independencia, autonomía y responsabilidad? y de ¿qué recursos se vale el sistema familiar para asumir la nueva etapa?

Con esas preguntas de fondo, este libro pretende mostrar las principales conclusiones a las que se llegó en el proceso investigativo que se realizó durante el año 2015, en la línea de investigación en Desarrollo familiar y comunitario, liderada por el Centro de familia de la Universidad Católica de Pereira.

Esta investigación se enmarcó en un enfoque cualitativo – sistémico, que centra su interés en la generación del entendimiento. Ahí, la temporalidad y la comprensión pasan a ser consideradas como dimensiones fundamentales ya que están enraizadas en los aspectos experienciales del sujeto y toda experiencia supone -inevitablemente- una vivencia determinada en un contexto. Estudiar un fenómeno social desde este enfoque permitió llegar a construir un marco holístico en el cual el todo es mayor que la suma de sus partes y romper con el principio de sumatividad que fragmenta los fenómenos, en hechos simples y aislados que se pueden unir y generalizar, para considerar que todo cambio familiar responde a factores multicausales y multidimensionales en el que las partes son tenidas en cuenta en su interacción y mutua interdependencia.

Con esta inspiración, el desarrollo investigativo tuvo un acercamiento focalizado en el área de investigación, con seis familias de estudiantes de segundo

semestre con quienes se aplicaron distintas técnicas inspiradas en el modelo biográfico–narrativo, muy útiles para el intercambio de significados que apuntan a la indagación e interpretación de fenómenos ocultos a la observación de sentido común, tales como el relato autobiográfico, biogramas, grupos focales y entrevistas en profundidad. Gracias a ellas fue posible identificar los significados que, tanto padres como hijo/as, otorgan a esta experiencia y las implicaciones de este hecho para las dinámicas relacionales en este ciclo vital. Pujadas (1992) sostiene que esta técnica permite recoger los acontecimientos y las valoraciones que hace la persona de su propia experiencia; por tanto, permite asistir y participar en la elaboración de una memoria, no solo como transmisión sino como una construcción en la que participa el propio investigador.

Las entrevistas en profundidad representaron la oportunidad de ahondar en los asuntos más significativos que surgieron en las narrativas del grupo focal y que resultaron de total pertinencia para profundizar en las pautas relacionales de las dinámicas familiares, en tanto que son factores favorecedores del tránsito del hijo/a a la nueva etapa y de aquellos aspectos que no lo están favoreciendo. Con los primeros hallazgos, las gráficas del biograma permitieron mostrar los principales cambios en la dinámica familiar, vistos desde la perspectiva de los padres/madres y de los hijo/as.

La información generada en el marco de cada una de las técnicas utilizadas fue reelaborada, sintetizada e interpretada, en la búsqueda de patrones concurrentes, temas comunes, solapamientos y divergencias en las trayectorias vitales de las familias participantes de la investigación. Todos estos procesos de análisis e interpretación se vieron guiados por el propio relato narrativo y por los intereses y creencias del equipo de investigadoras: “Por ello, es necesario reconocer que el resultado final es siempre una síntesis más o menos armónica y negociada de la posición de ambos y por tanto ha de ser reconocido como un conocimiento elaborado a varias voces” (Sandín, 2009 p. 34).

Para el procesamiento y análisis de la información se realizó un proceso de codificación, en el que se fueron condensando unidades de análisis, según los objetivos de investigación. El siguiente paso consistió en la reagrupación de todos aquellos códigos o etiquetas que compartían un mismo significado; este paso guió hacia la identificación de categorías y subcategorías. La asignación de nuevas etiquetas a cada uno de los grupos de significado fue el resultado de un nuevo esfuerzo de abstracción, en el que se denominaron de manera abarcadora todos los sentidos que allí se expresaron (González y Cano, 2006).

Con la anterior información depurada en grupos de significación, se diseñó una matriz categorial que favoreció la identificación de relaciones entre ellos y así se pudo dar un nuevo paso en el proceso de organización de los datos a través de su reducción e interrelación. Por otra parte, facilitó el trabajo comprensivo para descubrir nuevas relaciones y explicaciones sobre lo que dicen los datos, es decir, facilitó el camino interpretativo en función de los objetivos propuestos en la investigación.

Con estas breves aclaraciones de orden metodológico, en torno al desarrollo de la investigación, la estructura del libro se presenta en cuatro grandes apartados. El primero de ellos pretende mostrar un panorama amplio de la relación entre la familia y la universidad, para dar cuenta de esto, ubica la familia en perspectiva de su ciclo vital familiar, como marco de fondo, indispensable para comprender las tensiones, necesidades y circunstancias relacionales que están inmersas en un acontecimiento que se suma a la comprensión de este entramado relacional, como es el ingreso del hijo/a mayor a la universidad. El segundo capítulo se centra en el área de la dinámica familiar; se desarrollan aquí, con especial énfasis, cinco subcategorías de la dinámica relacional: comunicación, afectividad, cohesión familiar, roles - funciones y jerarquías; a la luz de estos desarrollos, se muestran todos los cambios en estas dimensiones acaecidos como consecuencia del ingreso del hijo/a mayor a la universidad. En el tercer capítulo se presenta un aspecto de vital importancia para las instituciones encargadas de abordar procesos psicoeducativas con familias y de preparación de los jóvenes para la vida universitaria, como son los recursos y redes familiares que se activan o no, en esta etapa universitaria de los jóvenes. Allí se resaltan los factores familiares que favorecen y no favorecen dicha etapa. Por último en el cuarto capítulo, se concluye con unas reflexiones que muestran rutas de actuación y retos a considerar tanto por las familias como por las instituciones de educación superior, a la hora de favorecer, preparar y disponer de estrategias institucionales para garantizar una formación integral y preparación profesional, en articulación con la familia, que pocas veces es considerada en su real importancia para el proceso de formación universitaria.